

TURISMO RURAL

Montserrat Valls Giner
Juan Genovés Timoner

TURISMO RURAL



INTRIGA

TURISMO RURAL

© Montserrat Valls y Juan Genovés, 2021

Primera edición: noviembre de 2021 – Tab Editing

© Del diseño de la portada, Montserrat Valls y Juan Genovés, 2021 a partir de la ilustración de:

© Drew Dau on Unsplash

ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Tab Editing

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Tab Editing a través de la web www.montsevalls.eu o por email en info@montsevalls.eu

Tab Editing es un sello editorial de Montse Valls y Juan Genovés

08025 - Barcelona (info@montsevalls.eu)

<https://www.montsevalls.eu>

Síguenos en:

<https://www.facebook.com/Libros.Tab.Editing>

<https://www.montsevalls.eu>

Tab Editing



TURISMO RURAL

Montserrat Valls Giner
Juan Genovés Timoner

Para Bruixi.

INTRODUCCIÓN

El lago Baikal tiene veinticinco millones de años. Ha visto guerras, zares y también el tren más famoso del mundo: el Transiberiano.

Y ahora, en pleno año 2025, observará impasible lo que les sucederá a nuestros personajes en este viaje a la Rusia más desconocida. En un lugar de “turismo rural” donde, aunque los turistas lo desconocen, no hay billete de vuelta.

UNO

LA LISTA

Lara

Cerca del lago Baikal encontramos un pueblecito llamado Irkutsk. Precioso, limpio y aburrido.

Cuando Lara recuerda su infancia lo primero que le viene a la mente es la primera vez que cogió un avión. Su abuelo fue con ella y le explicó que al despegar notaría un cosquilleo en el estómago. Cuando aterrizó en Siberia se prometió a sí misma volar siempre.

En cambio Irkutsk la agobiaba. Se sentía encerrada.

Necesitaba marcharse y así lo hizo. En cuanto cumplió los 18 años montó una agencia de viajes especiales para ricos. La llamó “El ojo azul”.

Tras diez años de mucho esfuerzo su agencia era la más demandada de Rusia y de toda Europa. En sus planes estaba llegar a ser la mejor agente de Asia.

Enamorarse de Iván no estaba en sus planes. Las mejores cosas suceden sin planearlas.

Son las dos de la mañana del verano ruso y Lara se despierta de golpe. Sin hacer ruido se dirige al ordenador. La luz de la pantalla muestra la lista de los nuevos viajeros que vendrán en agosto. Empieza a leer la lista hasta que oye la adormecida voz de Iván.

—Lara ¿Qué haces? Son las dos de la mañana. —Iván intenta poner una voz imperativa para que su pareja le haga caso.

—Me encanta tu peinado cuando te despiertas por la mañana — Lara se cachondea de sus pelos negros, de punta, que recuerdan al carbón.

Ese comentario hace que Iván salga de la cama y le despeine su cabellera pelirroja. Lara siempre había dicho que el carbón y el otoño de los bosques siberianos son mala mezcla. No se parecían en nada. Ella ansiaba viajar, él luchaba por quedarse en tierra firme. Ella era vegana y él devoraba con fruición el filete *strogonoff*. Pero había algo que les unía: su sentido del humor.

Iván coge su ordenador y lo aproxima a la ventana de la habitación.

—¡Si lo tiras te mato Iván! —Lara intenta no reírse.

—¿Y si no lo tiro, qué gano? —Iván va abriendo la ventana en la noche de cielo estrellado.

—¿Filete *strogonoff* con setas y crema agria? —Lara sabe que es su plato preferido y en la nevera ya tiene los ingredientes.

—¿Chantaje con la comida...? —Iván se acerca a Lara devolviéndole el ordenador, mientras roza suavemente con sus finos dedos de pianista los blancos senos de Lara.

Ella se olvida por un momento de la lista de viajeros y se sumerge en los dulces gemidos de su cuerpo con las teclas negras y blancas. Las notas suben de tono y las focas, a lo lejos, son arrulladas por los bemoles sostenidos, que surgen de una ventana de cristal.

Dos horas más tarde, Lara, lee atentamente la lista de los que serán su familia durante quince días. Ella siempre lo veía así, un grupo para que funcionara tenía que tratarse siguiendo un protocolo familiar, de manera tal, que se generara confianza entre los viajeros.

Philippe y Kathleen Anderson. Matrimonio de Nueva Zelanda.

Allan y Belinda Crother. Matrimonio de Tasmania.

Lee ki-woo y Haneul Sang-ho. Amigos de Corea del Sur.

Marguerite Deuras. De París. Viuda del anterior presidente francés.

Scarlett Dern. Actriz de moda de Nueva York.

Idioma que todos entienden: el inglés.

Alergias conocidas: Kathleen es alérgica a la penicilina, y Scarlett a los frutos secos.

El amanecer va ocultando las estrellas mientras Lara saborea una avellana con miel. La luz de la pantalla del ordenador se apaga y un silencio estremecedor hace temblar a Lara. El aullido de los lobos marca el inicio de un frío lunes siberiano.

DOS

ALLAN Y BELINDA

Belinda

Belinda está haciendo el doctorado de etología en la isla de Tasmania. Por eso se trasladaron de Sidney a Hobart, la capital. Su atracción por el canguro cavador, el diablo de Tasmania, el gato tigre y el periquito terrícola, no es nada comparable a su certeza de que encontrará pruebas que demostrarán que el tilacino o lobo de Tasmania no se ha extinguido.

A sus 35 años ya no tiene miedo a nada, ha perdido a toda su familia por accidentes y enfermedades neuronales. Sólo le queda Allan, su marido, así que actualmente puede sumergirse en las riberas del río Franklin sin estar preocupada por contestar al móvil cada cinco minutos.

Por suerte Allan, aunque le lleva 20 años, posee muy buena salud. Su situación matrimonial es la envidia de amigos y extraños.

Belinda va pensando todo esto mientras se dirige a la casa de Kirk, un lugareño que ha dicho tener pruebas de ese marsupial.

A medida que se acerca a la cabaña su corazón empieza a latir. Si consigue probar que aún quedan ejemplares de tilacino en lugares recónditos, podría ser esencial para su doctorado.

La puerta está abierta y un hombre fumando en pipa le da la bienvenida.

—El señor Kirk, supongo.

—Encantado Belinda. Siéntese por favor. Es usted más joven y más bella de lo que imaginaba.

La melena oscura de Belinda deja entrever sus ojos violeta.

—No sabe lo que me ha costado encontrarle —Belinda se quita la chaqueta, tira la mochila al suelo y se sienta de buena gana en el

cómodo sillón situado delante de Kirk. Aunque le molesta el humo de su pipa, hace caso omiso y empieza a observar las fotos que le tiende el anciano.

—Las tomé el mes pasado, le oí ladrar y gruñir. Se asustó sólo hacerle la foto.

—Dios mío, usted sabe lo que demuestra esto, mire la gruesa cola igual que un canguro.

—Así es, pero sólo sale en luna llena.

—¿Está bromeando? —Belinda piensa que Kirk le está tomando el pelo, y por una milésima de segundo piensa que las fotos pueden estar trucadas, pero desecha la idea al pensar que interés en mentirla podría tener ese hombre tranquilo, que la mira sonriendo.

—¿Quiere un refresco? —Kirk la ve pálida y nerviosa. Él no es muy sociable, pero le divierte esa mujer.

Después de observar minuciosamente las fotos el anciano invita a comer a Belinda. La conversación fluye fácilmente. A Kirk le apasionan los ornitorrincos, y ella casi enmudece escuchando todo lo que sabe de conducta animal sin haber pisado la facultad.

Al llegar al postre, Belinda se siente totalmente confiada y le propone una nueva cita a Kirk.

—Verá Kirk, tengo una idea. Sin querer abusar de su hospitalidad, que le parecería si vengo el mes que viene, durante la luna llena y usted me lleva por la ruta donde encontró al lobo.

—Hecho, pero ¿Por qué el mes que viene? —Kirk se estaba encariñando de la chica, le recordaba a su nieta.

—Mi marido ha comprado un viaje a Rusia, cerca del lago Baikal. A la vuelta, si no le molesto, volveré. Aunque le pagaré el tiempo perdido.

—Ni se le ocurra... a mi edad, pequeña niña, me sobra el tiempo. Además en agosto vendrá mi nieta, le encantará acompañarnos.

El humo de la pipa disfraza de misterio la cabaña, mientras Belinda se pregunta dónde estará la esposa de Kirk. Una cazadora de mujer colgada de la puerta le hace pensar que ha salido.

La puerta se abre de golpe y entra una mujer de la edad de Kirk.

—Kirk, no puedes fumar, te lo dijo el médico. Discúlpeme, debe usted ser Belinda —la anciana habla con voz aterciopelada.

Me levanto para saludarla y entonces veo la luz de mi móvil. Allan me ha hecho seis llamadas perdidas.

Allan

Allan es médico de cuidados paliativos en Tasmania. Antes trabajaba en Sidney, pero con el doctorado de su esposa decidieron trasladarse allí.

A paso lento, Allan, se dirige al hospital Inspire, mientras va recordando lo duro que fue para Belinda venir a la isla después de la muerte de su madre. El Alzheimer a los 70 es rapidísimo. Fallan los órganos e irremediabilmente, la memoria empieza a difuminarse.

El hospital Inspire arquitectónicamente está hecho totalmente de cristal, de manera tal que la luz entra por todas las habitaciones haciendo más cálida la estancia. Aunque en el departamento de Allan, todo ello es bastante inútil, pues sus pacientes ya están desahuciados.

Allan va pasando por largos pasillos blancos y brillantes, hasta llegar a unas escaleras que llevan a su departamento.

—¿No tomas el ascensor, Allan? —un joven rubio le corta el paso sonriendo.

—A mis cincuenta y cinco años he de cuidarme Marc —Allan se toca la poblada barba mientras le coge la carpeta que le tiende Marc.

—Son los últimos resultados de la paciente que ingresó ayer. Las transaminasas siguen muy altas, creemos que el hígado puede fallar en cualquier momento.

—¿Qué ha dicho la familia? —Allan sigue andando y leyendo los resultados. Marc le sigue raudo subiendo escaleras.

—No quieren ningún cuidado paliativo Allan.

—¿Por qué? ¿No entienden que su madre está sufriendo? —Allan se exaspera al hablar.

—Son de una secta religiosa.

—¡No me jodas Marc! ¿Qué mierda de secta? —Allan baja la voz porque están llegando al pasillo donde está la habitación 666, y se pueden vislumbrar a los familiares en el luminoso pasillo.

—Se llama “los hijos del mar helado” —Marc habla en susurros.

—¿Estás de coña?

—No, son del norte de Finlandia. Sus creencias son que el dolor es positivo para el alma. Las medicinas son drogas que no permiten llegar al mar en el que ellos creen, una especie de Nirvana. Pero eso no es lo peor.

—Suéltalo Marc, ¿acaso puede empeorar?

—La única persona que hablaba inglés es su nieto y ha tenido que marcharse urgentemente por un problema en su empresa —Marc baja aún más la voz al llegar cerca de la familia.

—Sólo hablan finlandés... esto es una pesadilla —Allan ve a Marc dirigiéndose con gestos para presentarle.

Allan les saluda y entra en la habitación. Una anciana, menuda y frágil, yace en la cama mirando al vacío. Allan se acerca a ella y le aprieta la mano. Todo son huesos pero la anciana intenta esbozar una sonrisa.

Y entonces lo recuerda: Belinda, su mujer, sabe finlandés. Aunque sea por teléfono, podría servir de traductora.

Sale de la habitación para encontrar cobertura. Marc le sigue.

Allan llama a su mujer seis veces seguidas pero no hay manera, debe estar en plena montaña, con el etólogo de los lobos inexistentes.

—Nada. Imposible, tendremos que esperar Marc. Está en una cabaña con un etólogo. Allí no debe haber cobertura.

—Si quieres Allan, me parece que en pediatría hay una enfermera finlandesa.

—No me jodas, pues ya estás tardando —Allan suspira aliviado.

Unos minutos más tarde llega una enfermera del brazo de Marc, cuchichean, se supone que le está explicando la situación.

Al acercarse más Allan palidece, pues se da cuenta de que la joven le conoce.

—Allan, te presento a Ingrid —Marc pronuncia las letras de Ingrid como si le fuera la vida, se nota que le atrae. Debido a ello no percibe el cambio de tez de Allan.

—Ya nos conocemos Marc. Hola Ingrid.

—No me lo puedo creer... ¿Qué haces aquí? Llevo pocos días de suplente y desconozco a la mitad del personal. ¿En qué departamento estás Allan?

Allan no responde e intenta darle la mano, pero ella le rechaza.

Marc contesta por él.

—En cuidados paliativos Ingrid... —antes de acabar la frase Marc ve anonadado como la enfermera se marcha entre insultos.

Marc no entiende nada y observa minuciosamente como su jefe se dirige a una máquina de tabaco, dejándolo con la palabra en la boca.

Allan intenta abrir el paquete, y se dirige al jardín del hospital.

—Allan... ¿Qué hago con la familia? —Marc parece desesperado, al ver que su jefe se larga sin darle explicaciones.

—No lo sé Marc, en cuanto termine el cigarrillo me iré a casa, sustitúyeme durante el día de hoy —Allan no mira al joven a la cara.

Marc baja las escaleras para dirigirse a pediatría. Al cabo de unos minutos encuentra a Ingrid. Está llorando en una silla.

—¿Qué sucede Ingrid? —Marc le pone la mano en el hombro para que se calme.

—El hombre para el que trabajas es un monstruo. Mató a dos ancianas.

Marc se sienta a su lado. La luz del hospital empieza a desaparecer. Nubes negras amenazan con una gran tormenta.

TRES

SCARLETT DERN (Nueva York)

Scarlett

La gente piensa que la vida de los actores es divertida. No piensan en los madrugones a las seis de la mañana, ni en las toneladas de maquillaje que no dejan respirar la piel. Esta es la razón del envejecimiento prematuro en esta profesión.

Los veinticinco años de Scarlett no tienen que preocuparla aún, así que va poniéndose el *eye liner* de moda: líneas flotantes naranjas en los párpados. Se cepilla las gruesas cejas y peina sus raíces oscuras en un cabello rubio platino. La moda es absurda, antes no se habría podido salir a la calle así, se hubiera visto como descuido. Ahora ese look es lo chic.

Se sonríe a sí misma ante el espejo mientras va pensando en todo esto. Se viste con un *Versace* de dos piezas negro y sale a la calle, eso sí, no sin antes coger su bolso *Dolce & Gabbana* de color rosa.

Aunque parezca mentira a esas horas de la mañana, los taxis están ocupados, así que se pone unas bambas que siempre lleva y guarda sus zapatos de tacón en una pequeña mochila donde cabe todo.

Cuando llega al plató ve extasiada lo que el gran diseñador Elie Saab ha diseñado en un estudio de cine. Una casa surrealista: cortinas que parecen cascadas y lámparas como puzzles de mármol. El rojo y negro le da un toque misterioso.

Scarlett entra corriendo pues llega tarde.

—Scarlett, por fin te dignas a llegar —grita Marcello, el director.

—Marcello, sólo llego tarde dos minutos —intenta responder con dulzura.

Marcello es el director italiano más perfeccionista que ha existido después de Fellini. Su obsesión es la puntualidad. Mira a la chica con rechazo. Le influye el hecho de que intentó tener algo con ella. La abordó en su caravana, le regaló orquídeas, incluso le compró el perfume más caro de París. No dio resultado.

Scarlett y Marcello empiezan a discutir como siempre, así que los demás actores repasan sus guiones, los directores artísticos perfeccionan la iluminación y la maquilladora inunda de *gloss* los labios de la joven sin escuchar los gritos.

—¡Pero a ti que te pasa! ¡Hago todo lo que puedo! No duermo, me paso horas en el hospital. Mi abuela se está muriendo Marcello.

Marcello dulcifica su rostro y se acerca a Scarlett.

—Lo sé, lo sé, me advertiste cuando te contraté. Perdona —Marcello le acaricia el cabello dejando toda atracción por ella y comprendiéndola por fin.

En el estudio el silencio, al ver un rasgo de humanidad en el director, se hace patente.

—Todos a trabajar, se acabó el espectáculo. O me hacéis el plano a la primera, o despido a la mitad del equipo —Marcello vuelve a su tono habitual y Scarlett se dirige al plató.

—Claqueta 66, “La Colina Inexistente”, acción —un muchachuelo da el golpe seco de entrada.

Scarlett, en la película, lee las cartas tumbada en la cama de su amante. La cámara va acercándose a su rostro, y las lágrimas de la actriz se funden con las letras.

En aquel mismo instante la ayudante del director se acerca y en susurros le dice:

—Lo siento Marcello, acaban de llamar del hospital. La abuela de Scarlett acaba de morir... ¿Cortamos la escena?

—No, ni en sueños Greta. Dejemos que termine.

Marcello ve como Scarlett acerca sus manos al vestido negro, en aquel momento un hombre entra en escena.

Aunque suene extraño, el director no piensa en la sensualidad de la actriz. Va rodando, pero en su mente está el olor a las naranjas que le daba su abuela cuando era pequeño.

CUATRO

MARGUERITE DEURAS

Marguerite

La viuda del presidente francés siempre ha odiado su nombre. El hecho de que en todos lados la confundan con la escritora francesa Marguerite Duras, la pone de los nervios. Aunque quizás no es el nombre... desde la muerte de su marido cualquier cosa la irrita.

La recepcionista del edificio examina sus papeles y enrojece. Acto seguido le devuelve la documentación y le da un pase.

—Discúlpeme, no la he reconocido.

Marguerite la mira con desdén aunque es consciente de que, en un año, ella ha cambiado físicamente. Sus canas, su rostro. Incluso su manera de andar.

—No se preocupe, tenía hora con el primer ministro —Marguerite se quita los guantes con aire señorial.

—Acompañeme por favor Sra. Deuras —la joven se dirige al despacho del primer ministro y abre las puertas, llamando antes. Le indica a su acompañante que puede pasar, y se retira discretamente.

El primer ministro se levanta de su silla de despacho y se dirige a Marguerite, dándole dos besos afectuosos.

—Marg, como me alegro de verte. Estás estupenda —le sirve una bebida mientras ella se sienta cómodamente. Claude hace lo mismo.

—No mientas Claude. Somos amigos desde hace treinta años. Sé que estoy hecha un adefesio.

Claude observa su vestido color crema, sus zapatos a juego... su belleza arrebatadora, a pesar de sus cincuenta años.

—Tu belleza no la puede anular fácilmente ni el tiempo ni...

—Ni la viudez, dílo Claude —Marg no puede disimular sus ojos llorosos.

—Sí, te entiendo —le acaricia la mano pero ella le rechaza bruscamente.

—No entiendes nada. Nadie me entiende. Es horroroso. Periodistas, gente pidiéndome cosas, vecinos insoportables —Marg se levanta, arrugando los guantes entre sus manos.

—Tranquila, entiendo tu estado, pero tienes razón. Nadie puede ponerse en tu lugar. Dime que necesitas y te ayudaré —Claude se levanta, acercándose a ella y rozando tímidamente su espalda con la yema de los dedos.

—Claude necesito irme lejos, a Rusia concretamente, cerca del lago Baikal —Marg observa desde los grandes ventanales del despacho como empieza a llover en los jardines del Eliseo.

—¿Por qué a Rusia?

—Allí conocí a mi marido. Y quiero cambiar de aires. No me han servido ni las terapias de duelo, ni los psicólogos, ni mis amigos. Allí estaré con gente extraña, que no me conocerá de nada.

—Pero te conocerán Marg. No pasas desapercibida —Claude sonríe irónicamente.

—Me da igual Claude. Necesito ir. Sé que, entre las amenazas terroristas y todo lo sucedido políticamente estos meses, te estoy pidiendo mucho... pero déjame.

—No se trata de dejarte, Marg... le prometí a tu marido que te protegeríamos. Puedes ir al sitio ese pero con dos condiciones.

—¿Cuáles? —ahora es ella la que sonríe...

—Que me pases la lista de personas que irán a esa excursión...

—Turismo rural...

—Bueno, lo que sea, quiero la lista de todos los que vayan.

—¿Y segunda condición...?

—Pierre, el guardaespaldas, va contigo.

La lluvia ahora cae con más fuerza, y Marg recuerda sus años universitarios. Entonces era libre, ahora su cárcel está disfrazada de poderes fácticos.

—Vale, Claude. De acuerdo. Le haré pasar por mi sobrino. Gracias...

Mientras Marg se despide, Claude siente haber triunfado muy pronto en una discusión. Algo no termina de encajarle...

Marg sonríe al salir. Pierre se acerca raudo con un paraguas y le abre la puerta del Rolls Royce.

— Todo bien Marg?

—Perfectamente. Nos vamos de vacaciones. Te harás pasar por mi sobrino.

Pierre la observa por el retrovisor mientras conduce. Asiente, viendo perfectamente su sonrisa.

Marg ríe abiertamente al leer en silencio las normas del Turismo rural: "no está permitido el contacto con el exterior, la idea es desconectarse". Tiene claro que no le pasar  esa lista a Claude.

CINCO

PHILIPPE Y KATHLEEN (Nueva Zelandia)

Kathleen

La casa de Kathleen es grandiosa: 600 metros cuadrados con mil hectáreas de terreno. Es un hogar cálido, con tallas maorí en las paredes y fotos del monte Taranaki por doquier.

La madera noble de todo el entorno lo convierte en un lugar maravilloso para escribir mientras su marido, Philippe, da clases de navegación a vela en la bahía de Plenty.

Kathleen con su cabello corto y sus pecas adornando su blanco rostro, está desayunando kiwis a la vez que teclea en su ordenador, dando forma a su nueva novela. Le gusta el género romántico, historias que siempre terminan bien y dejan al lector con un sentimiento “cápriano” entre sus papilas gustativas.

Suena el timbre, mecánicamente se levanta y sale del salón.

Vestida ligera, ya que en la isla norte siempre disfrutan de un clima templado, se dirige a la puerta de cristal de la entrada. Antes de abrir ya ve que es Deborah quién ha llamado.

—Hola cielo ¿Por qué llamas? Siempre está abierto.

—Es que me sabe mal si estás escribiendo... —Deborah la mira con dudas.

—Sabes que mi concentración es etérea —Kathleen sonríe abiertamente mientras las dos se sientan en un cómodo sofá.

—Cuéntame lo que sucede, me mandaste un mensaje y me quedé intrigada.

—Deborah, no pensé que habrías vuelto de la isla Stewart.

—Ayer noche volví, los niños estaban cansados ya.

—Pues de eso va el secreto.

—¿De islas?

—De niños Deborah, estoy embarazada. —Kathleen se acaricia el vientre como si eso la ayudara a confirmar la noticia.

—Enhorabuena, ya era hora... —Deborah la abraza.

—¿Cómo que ya era hora? Somos jóvenes... —dice riendo Kathleen.

—Treinta y seis y cuarenta no es ser joven...

—Deborah, no todo el mundo los tiene a los veinte.

—¿Philippe que ha dicho?

—Aún no lo sabe.

—Me alegro de ser la primera en recibir la noticia. —Deborah le acaricia la mano.

—Creo que es justo, nos conocemos de antes.

—Lo siento Kathleen —la alegría de Deborah desaparece tiñendo de lágrimas sus ojos verdes.

—¿Qué sientes Deborah? —Kathleen pregunta por inercia aunque sabe la respuesta.

—Que las cosas hayan ido así.

—No podían ir de otra manera.

—Sí, sí podía haber sido distinto. Soy una cobarde. Tenía que haber dejado a mi marido y hubiéramos podido adoptar.

—¿Y qué hacíamos con tus hijos?

—Lo sé, lo sé, ya lo habíamos hablado. Además está tu madre. No podríamos pagar los gastos de su tratamiento

Kathleen pone su dedo índice en los labios de Deborah y le empieza a desabrochar los botones del vestido.

El ordenador, de momento, tendrá que esperar para que la historia romántica que está escribiendo, siga su evolución. Al fin y al cabo la imaginación puede demorarse, la vida real no.

Philippe

El barco de vela de Philippe está en el puerto ya que él está en un hotel.

Una chica rubia de larga melena se está maquillando y le mira desde el espejo. Philippe la observa mientras se viste.

—¿Qué miras Philippe?

—A ti Anne, eres bellísima.

—No empieces Philippe, no quiero que te separes. Me gusta mi profesión de modelo, no quiero perder mi libertad. Tu mujer es maja, y te quiere.

—Y yo, en el fondo, también a ella.

—Lo sé, te conozco Philippe. —Anne sigue vistiéndose.

—¿Sabes? Me voy de “Turismo rural”, y así descansas de mí.

—¿Turismo rural? ¿Qué es eso? —ella se acerca y se sienta en la cama con Philippe.

—Es en un sitio de Rusia. Te desconectas de todo. Lara, la guía me ha enviado las normas. Además así Kathleen me explicará lo que le pasa. Está muy rara.

—¿Rara? ¿Sospecha de lo nuestro?

—No, no, que va, debe ser otra cosa.

¿Te leo las normas? Son divertidas...

—Lee... —la rubia cabellera de Anne cae sobre las hojas.

—Primera Norma: no se puede estar conectado a nada en absoluto. Segunda norma: no se comerá nada que venga de animales. Tercera: cada persona dormirá en una habitación individual, no habrá sexo durante los quince días. Cuarta: prohibido alcohol, tabaco y cualquier tipo de drogas. Quinta y última: no se permiten niños ni mascotas.

—Cariño, esto más que turismo rural es la cárcel. —Anne ríe y le aparta las hojas. Se desnuda y toda su piel se desliza dentro de Philippe.

SEIS

LEE KI-WOO Y HANEUL SANG-HO

(Corea del Sur)

Haneul

Lee y Haneul se conocieron de pequeños en Seoul. Sus padres eran amigos desde hacía años y sus interminables conversaciones nocturnas hicieron que, el olor a sándalo y su complicidad, convirtiera a los niños en inseparables.

Aquellas noches siempre jugaban a médicos. Eso marcaría sus futuros profesionales.

Al cabo de unos años sus padres les enviaron a Estados Unidos. Los dos terminaron el doctorado *cum laude*.

Ahora, unos años después, habían vuelto a Seoul para cuidar de la madre de Lee. Cuando le diagnosticaron síntomas parkinsonianos ya había enviudado, por lo cual su hijo fue allí a cuidarla. Haneul le acompañó. Pidieron un año de excedencia en el hospital, de tal manera que, entre los dos pudieron hacer más llevadero aquel infierno.

La madre de Lee empeoraba por momentos. Dejó de andar, su debilidad era patente. Aquella mujer cuya belleza, otrora hacía oír exclamaciones, en aquel momento debido a la enfermedad neuronal, iba perdiendo masa muscular y, lo peor de todo, su sonrisa se desvanecía.

Lee no dormía ni comía. Veía que su madre moría poco a poco y él, como médico, no podía hacer nada.

Haneul quería ayudarle pero, aunque su especialidad eran cuidados paliativos, no podía hacer nada en este caso. Lee no quería ni oír hablar de sedarla.

Una noche, la viejecita quiso hablar con Haneul a solas cuando todos estaban entretenidos en la cocina. Le preparaban un pastel de cumpleaños sorpresa.

—¿Tú no cocinas Haneul? Siéntate conmigo —la madre de Lee acerca la silla de ruedas al sillón.

—Se supone que usted no sabe que le hacen un pastel —Haneul le guiña un ojo a la viejecita.

—Haneul, sé que hacéis todo lo posible por darme una calidad de vida pero esto no es vida —la madre de Lee se pone a llorar desconsoladamente.

—Cálmese, todo se arreglará —Haneul le acaricia el poco cabello que le queda.

—¿Te acuerdas de las luciérnagas cuando erais pequeños Haneul? —los ojos de ella parecen recordar.

—Sí, decíamos que eran las linternas de nuestras enfermeras —Haneul ríe, aunque por dentro su tristeza es enorme.

—Hay algo que no te conté nunca...

Un olor a fresa salvaje llega desde la cocina.

—Dígame... —Haneul escucha atentamente el relato.

—Verás, una noche, mientras vosotros jugabais con las luciérnagas murió la abuela de Lee. ¿Lo recuerdas?

—Sí, un problema respiratorio nos dijisteis. Estaba muy mal, un cáncer de páncreas ¿verdad?

—No murió de un problema respiratorio. Sufría horrores, la matamos entre tus padres y nosotros. Tu padre, experto homeópata le dio unas hierbas. Cuando estaba somnolienta mi marido la ahogó con una almohada. Tu madre, al ser médico, hizo los papeles del fallecimiento. —Las manos de la viejecita tiemblan más de lo normal.

—¿...? —Haneul enmudece... no sabe qué decir pero tiene claro que, si hace algo será a espaldas de Lee.

Lee entra en el salón con un pastel de tres pisos de tonos rosados. Las velas, rojo carmesí iluminan la bondadosa cara de la viejecita.

Lee

Dos semanas después de la fiesta de cumpleaños, la anciana murió.

Tras el entierro de su madre, Lee intenta volver a la normalidad. Relee el folleto que le ha dado Haneul.

—¿Qué es esto?

—Unas vacaciones. Tenemos una excedencia en Nueva York. Disfrutemos Lee, has sufrido mucho —Haneul le alargaba otra vez el folleto que le ha enviado Lara.

—Pero mira que vacaciones... no podemos beber, tendremos que comer vegano... —Lee ríe, por primera vez con la misma risa de antes.

—Pero verás, hablé con la guía. Estás desconectado del mundo, Baikal es precioso y siempre habías querido ir a Rusia.

—Sí, pero al Kremlin, a San Petersburgo. No a un convento.

—Lee, las últimas vacaciones las montaste tú. ¿Qué ocurrió?

—Sí, fue un desastre. En Holanda son muy raros... pero el queso estaba delicioso —Lee agradece con su mirada todo lo que hace su amigo por él. Su madre le adoraba.

—Pues por eso. Este año me toca a mí. Además mira la foto de la guía —Haneul le enseña desde el ordenador la foto de Lara.

—¡Qué preciosidad!... Vale, me has convencido.

—Sabía que era tu tipo.

¿Dice el ordenador si está casada?

—No, pero mi hermano la conoce y está liada con un músico.

—Vale, me estudiaré el folleto. Por lo menos no está casada.

Haneul pone un disco de Mozart. En aquel momento intenta recordar las luciérnagas, pero no puede. La última respiración de la madre de Lee inunda sus pensamientos de una manera obsesiva.

SIETE

LA CASA

Angasolka es el lugar más tranquilo del Lago Baikal. No es fácil llegar. Hay que tomar el tren local que va de Irkutsk a Sluydyanka, y bajar en Temnaya pad. Desde ahí hay que continuar por la ruta de las vías de tren y caminar durante una hora por el bosque.

Lo que nadie sabe es que, escondido en medio del bosque, hay un terreno privado de 10 hectáreas, con una mansión de 800 metros cuadrados.

Lara llega a la verja de la entrada, exhausta después de andar una hora por el bosque. Al llegar observa a un hombre alto, albino y con traje violeta que la está esperando.

—Muy buenos días Lara. Soy Vladimir.

—Encantada —Lara observa al hombre con interés.

—¿Cansada? Entiendo que es un paseo largo.

—Sí, la verdad. Y, por cierto, me han extrañado las señales de prohibido pasar y mucho más lo de las pruebas nucleares.

—Ja, ja, ja. No se habrá asustado...

—Un poco, sí.

—Verá, esta mansión pertenecía a los zares pero siempre se mantuvo en secreto, el dueño de este sitio ha intentado que este sitio siguiera sin ser pisado por nadie.

—Bueno, los códigos para franquear las verjas también ayudan.

—Y se cambian cada día Srta. Lara. Ya le dije que firmará un papel de confidencialidad. Usted y también sus amigos...

—Clientes Vladimir, yo sólo soy la guía.

—Disculpe, es una manera de hablar. Pero tendrán que firmar todos, es la primera vez que lo alquilamos.

—¿Por qué motivo?

No dispongo de esa información. Digamos que yo soy también, una especie de guía de los dueños.

—Por cierto Vladimir, le pasé la lista.

—Sí. Nosotros también guardaremos confidencialidad.

—Lo dice por la viuda del presidente francés...

—Por todos Lara. Por la actriz, que por cierto me encantan sus películas. Por los dos doctores coreanos, famosos por sus avances en cuidados paliativos...

—Sí pero, no crea, también hay dos matrimonios de Tasmania y Nueva Zelanda totalmente anónimos.

—Pero con dinero supongo... ja, ja, ja, ¿entramos? —Con un leve gesto la invita a entrar.

—Sí Vladimir. Barato, este viaje, no lo es. Le sigo.

Las verjas, provistas de sensores, se abren a su paso, al tiempo que la música de Rachmaninov empieza a susurrar entre las hojas de los árboles del inmenso parque.

Lara va viendo los lagos de colores, los setos de figuras inmensas, las rosas azules y las esculturas violetas de todo el terreno.

De repente, ve la casa entre los árboles siberianos.

Una mansión inmensa de color violeta, que recuerda un castillo encantado. Sus torres puntiagudas y sus gárgolas en forma de nubes azules, le dan un aire fantasmagórico a pesar de ser de día.

Vladimir al llegar a la gigantesca puerta, marca el código e invita a Lara a entrar.

Lara se marea por un instante.

—Le está pasando lo que se llama "el síndrome de Stendhal", no aguanta tanta belleza —Vladimir la sostiene por el brazo.

—Gracias, disculpe, no sabía cómo era esto.

—Se lo dije por teléfono. No hay nada igual.

—Eso está claro.

—Señorita Lara, ¿ha informado de las normas a los invitados?

—Sí. Todos se lo han tomado de manera divertida, menos los doctores coreanos. Son jóvenes y piensan que no se divertirán demasiado.

—Se divertirán Lara, no se preocupe. ¿Seguimos la visita?

—Sí, si por supuesto, discúlpeme.

A medida que las puertas, también con sensores, del lugar se van abriendo a medida que se acercan, la sorpresa de Lara da paso a la

incredulidad. Vladimir le enseña las habitaciones una a una. Se detiene de repente en una puerta.

—Señorita Lara, esta puerta por motivos que no puedo explicarle, no se podrá abrir nunca. No lo olvide: NUNCA

En aquel momento Lara recuerda “Rebeca”, su película favorita. Sus tacones al seguirle, son lo único que rompe el silencio.

OCHO

LAS RAZONES

Marguerite

Cuando Lara le contó la idea de la casa en el Lago Baikal, Marg se Cilusionó por primera vez, desde hacía mucho tiempo.

Unos días perdida por Rusia, la harían olvidar París. Además ese lugar le iría estupendo para sus objetivos. Y una excusa perfecta para desconectarse.

Conoció a Lara, la guía turística, en su primer viaje a Moscú.

Aunque ella como primera dama tenía que estar en las reuniones políticas con los ministros rusos, una tarde pudo escaparse.

El Kremlin, en compañía de aquella chiquilla pelirroja, le pareció cálido.

Rememoró la primera conversación que tuvieron:

—Sus zapatos son deliciosos —al decirlo Lara se sonrojó, pues inmediatamente se dio cuenta de que el adjetivo no era correcto en ese idioma.

—Encantada de conocerla. La verdad es que el color rojo me recordó a las fresas, por eso los compré, así que no va desencaminada. Tuteémonos por favor.

Al cabo de dos horas, Lara le estaba explicando el origen de las decoraciones artísticas del metro. Allí mismo, en una estación, es cuando empezó la complicidad entre las dos.

—¿Lara, vamos a tomar un vodka y nos dejamos de arte ya?

—Si es lo que deseas Marguerite, perfecto. Y tomaremos unos blinis.

Llegaron a un bar que, con sus lámparas barrocas y cortinas de satén, parecía sacado de la película “Doctor Zhivago”. La luz tenue dio paso a una tarde curiosa, que Marguerite no olvidaría.

Por eso, cuando Lara la llamó hace unos días explicándole lo de la casa en el Lago Baikal no dudó ni un segundo en apuntarse.

Scarlett

Scarlett perdió a sus padres cuando era pequeña. Una noche, en el metro de Nueva York, los mataron delante de ella.

El trauma fue tal que no recordaba nada... sólo las perlas de su madre rodando por el suelo.

Su abuela la llevó a uno de los mejores psicólogos de Nueva York. Su especialidad eran los niños con traumas por pérdida de los padres con violencia.

Al principio Nelly, su abuela, sufría porque no veía avanzar a la niña. Scarlett estaba horas y horas quieta en su cama, inmóvil y con la mirada perdida. Tras seis meses, algo cambió.

Nelly vació su arcón para que su nieta disfrutara disfrazándose. Y eso, curiosamente obró el milagro... más que el psicólogo.

La abuela de Scarlett vio con alegría que volvía a hablar, se disfrazaba y actuaba delante de los espejos. Esa terapia improvisada la desbloqueó emocionalmente.

La vida de su abuela había sido difícil y tuvo que criar a su nieta totalmente sola. Pero lo logró. Esa niña de siete años que encontraron los policías totalmente catatónica en el metro, se había convertido en una de las más cotizadas actrices de Hollywood.

Al cabo de años de disfraces, actuaciones y paellas gratinadas, una noche Scarlett vio a su abuela tirada en el baño. Esta vez no se bloqueó, le hizo la respiración boca a boca y llamó inmediatamente a una ambulancia. Cuando llegaron seguía inconsciente pero al menos respiraba.

Días después, en el hospital, le dieron el diagnóstico: síndromes parkinsonianos. No había tratamiento ni curación.

En la actualidad, Nelly, seguía hospitalizada en estado muy grave. Scarlett sólo se ausentaba de su lado para rodar la película de Marcello.

Hubo noches en que creía que había muerto, ya que al dormirse, parecía que no respiraba.

Las enfermeras se acostumbraron a verla. No le pedían autógrafos ni la molestaban.

El día de rodaje en que le comunicaron su muerte, pareció que su interior se rompiera como un cristal golpeado por una piedra. Estuvo días que creyó enloquecer. No se sentía capaz de trabajar y, en su caro piso revestido de mármol se sentía más sola que nunca.

Entonces, un día llamó a Lara. Se habían hecho amigas cuando, durante dos años, compartieron piso. Ahora llevaba una agencia de viajes especial.

—Hola Lara. Soy Scarlett.

—Baby ¿Cómo estás?

—Mal, Nelly ha muerto —Su voz se volvió lija.

—¡Dios mío!, ¿Qué ha pasado? —Lara demostró sorpresa.

—Una enfermedad neuronal la dejó parálitica. Después, ya te puedes imaginar...

—¿Y tú cómo estás?...

Esa pregunta hace despertar a Scarlett. La tristeza da paso a explicar anécdotas de Nelly y, luego, a recordar la época en que vivieron juntas. Las carcajadas empiezan a resucitar a Scarlett. Por fin se da cuenta de que será buena la decisión de estar con ella y marcharse de Nueva York.

—He pensado en apuntarme a un viaje de los que montas, tan extraños —Su voz suena casi infantil.

—Me parece genial. Mira, ahora monto un “Turismo rural” en Baikal, mi tierra.

—Pues apúntame —dice impulsivamente.

—¿No quieres que te cuente nada más? —Lara ríe sonoramente.

—No. Quiero irme de Estados Unidos. Y así me presentas a “tu pianista” —la ironía se despliega en la voz de Scarlett.

—Scarlett nunca te gustan mis novios —Lara pone voz de enfado.

—Ni a ti los míos.

—Es que Scarlett, tú te los buscas casados, chalados o drogados —Lara va recordando a todos los que le ha presentado.

—Bueno, vale, vendré sola. No hay pareja a la vista.

—¡Qué raro! ¿Te sientes mal?

—Ja, ja, ja.

Scarlett se ve reflejada en el espejo, sonriendo.

Lee y Haneul

Lee llevaba tres días sin hablar desde que murió su madre.

No importaba que Haneul le dijera que era lo mejor, no atendía a razones. Una mañana, mientras él hacía tofu con flores de rosa, Lee le volvió a hablar.

—¿Por qué cocinas con flores?

—Buenos días Lee. Me alegro de verte con mejor cara esta mañana.

—Déjate de mierdas Haneul... y dime la verdad ¿Qué pasó con mi madre?

—¿Qué quieres decir Lee?

—Murió en el momento que entraste a darle jugo de amapola. Ahora lo he recordado.

—Lee, ¿qué estás insinuando? Lo utilizamos en el hospital para relajar... .

—Sí, y un huevo. También para, en según qué dosis y mezclado con lo que ya sabemos, enviar a alguien al otro barrio.

—Lee, como puedes pensar eso de mí. Hubiera sido incapaz de hacerle daño a tu madre —La voz de Haneul era de súplica.

—Perdona Haneul, creo que he perdido la razón —La voz de Lee se quiebra.

Haneul le consuela y utiliza explicaciones para convencerle.

Unas horas después, los dos amigos coinciden en que lo mejor es irse a Rusia.

—¿Estás seguro? No quiero que te sientas obligado Lee.

—No, me irá bien amigo mío. A los dos.

—¿No será que te gusta Lara?

—También. ¿La conoces creo que me dijiste? ¿Por qué te envió la guía para estas vacaciones? —Lee muestra intriga en su tono de voz.

—Lara conocía a mi hermano —Haneul dice estas palabras en susurro.

—Lo siento Haneul, no lo sabía y sé que no quieres hablar del tema —Lee enmudece.

—No, no pasa nada. Lara y mi hermano eran amigos antes de que él cogiera el sida.

—Mira, ¿Sabes qué...? Vamos a salir y a ir a la discoteca de moda “Black Velvet”, allí buscaremos a Jessica y su amiga- Lee se siente culpable por haber dudado de su amigo.

Dicho y hecho. La ruta de “Turismo rural” se queda abandonada en el apartamento, y los dos jóvenes van a una discoteca decorada con hielo negro. La última moda en Nueva York.

Sólo llegar, una chica morena se abraza como una lapa a Lee... su amiga, a Haneul.

Entre estalactitas de ónix Lee baila con la morena despampanante, su cuerpo caliente en contraste con la frialdad del entorno, hace a la chica dejar la pista y dirigirse a una habitación privada. Entre gemidos Lee olvida la muerte de su madre.

A poca distancia de allí Haneul penetra con fuerza a la otra chica en los lavabos.

Allan y Belinda

En una casa de Tasmania un matrimonio no para de discutir.

—A ver, Belinda, no entiendo por qué tenemos que irnos a Rusia. Has encontrado al señor Kirk. Tu tesis doctoral está en el mejor de los puntos, ¿Qué se nos ha perdido en Baikal?

—Allan, estás agotado. Estos últimos días te he visto muy mal. Tienes que descansar.

—A ver cariño, no será que quieres irte de Tasmania.

—También, necesito un cambio de aires. Además Allan ¿Has visto la casa?

—Sí, preciosa, lo he de reconocer.

—Y acuérdate, estuvimos a punto de irnos a Moscú en el año 2020 y llegó el virus.

—Uf, el coronavirus, fue horrible. Y lo que vino después.

—Por eso, vámonos.

—Vale, vale. Tú ganas.

—Fabuloso, no te arrepentirás.

Suena el teléfono y Belinda lo coge.

—Cariño, alguien del hospital, una tal Ingrid.

—Allan se dirige al teléfono temblando.

—¿Dígame?

—Hijo de puta, pagarás lo que hiciste. —La voz de Ingrid parece amenazante.

Allan cuelga y mira las fotos del Lago Baikal.

Kathleen y Philippe

En Nueva Zelanda, Kathleen intenta hablar con tranquilidad después de enterarse de otra de las innumerables infidelidades de su marido.

—Me dijiste que no volverías a engañarme Philippe.

—¿Me lo dices tú que te he encontrado follando con tu amiga en el sofá?

—¡No me hables así Philippe!

—¿Cómo quieres que te hable?

—Eres un cerdo. Te acuestas con tus alumnas, y la última era menor ¡podría denunciarte!

—Hazlo, prefiero estar en una cárcel que contigo.

—Kathleen le pega una bofetada y él la empuja. Ella cae al suelo. Empieza a llorar desconsoladamente.

—Cariño, cariño, perdona. Yo te sigo queriendo, no sé porque actúo así. No soy quien para meterme con tu relación. Sabía que eras bisexual cuando te conocí.

—Estoy embarazada Philippe.

Philippe cambia totalmente su expresión. Es lo que más deseaba en el mundo. Besa tímidamente a su esposa, temiendo que le rechace. Se disculpa como tantas veces.

Philippe le acaricia la barriga.

—Iremos a Baikal cielo, llama a Lara y confírmase lo.

Kathleen coge su móvil.